

Cinco viñetas para celebrar a HS

Marcelo Casarin

Leo, una y otra vez, las palabras que he subrayado en estos textos inquietantes. Busco en ellas, con ingenua expectativa, descubrir una clave que ilumine el dilema de la memoria...

HS

UNA

Hay una fotografía en la que se lo ve leyendo, reconcentrado, con un lápiz en la mano (como un arpón de madera y carbonilla; como si la página fuera un espejo de agua), al acecho de alguna frase que valiese la pena atrapar. Era una escena frecuente: Schmucler leyendo. Practicaba la disciplina de la lectura: leer todos los días, varias horas, anotando los libros y levantando la vista. Escribía las lecturas, como uno de sus maestros.

DOS

La conversación, la palabra en el aire. Quizá en la escucha, la capacidad para escuchar aun sin oír demasiado, haya sido una de sus mayores virtudes. Ahí residía su encanto, en saber ponerse en el lugar del otro, en hacer que el disenso no fuera un quiebre sino la oportunidad para algún descubrimiento. Pero escuchar no era su único don: podía ver el otro lado de las cosas.

TRES

Enredado en proyectos comunicantes, se pasó buena parte de la vida haciendo revistas: *Pasado y presente*, *Comunicación y Cultura*, *Los libros*, *Estudios*... Conductor o partícipe necesario de estas experiencias

de confrontación de ideas y escritura, parece haber hecho allí una de sus mayores inversiones libidinales. Quizá sea por eso que descuidó su obra (o desdeñaba la idea de sujetarla en libros). Una experiencia interesante: rastrear los textos que escribió Schmucler. Dónde está su obra, qué escribió y qué publicó. Tal vez trabajaba para un único volumen que todavía no fue publicado. Sin embargo, hágase esta otra experiencia: cuéntense las veces que ha sido citado.

CUATRO

Tensar la cuerda al máximo: el oído puesto en la palabra, para darle el mejor lugar en la conjetura y la compulsión de las ideas. Las citas: tomar prestado, con amoroso cuidado, las palabras y las ideas de otros, para devolverlas transformadas en escritura. El envés de las lecturas anotadas.

Aunque hay un gesto recursivo: su corpus evidencia que no había asunto que le fuera ajeno. El movimiento define su escritura y su pensamiento: cuando parece a punto de perderse y a una digresión le sigue otra y otra... enseguida se rescata a sí mismo, retoma el eje, como se dice, y se pone en línea.

La palabra cultivada, la incesante búsqueda entre las palabras, pero sin que se advierta la tarea: tensó la cuerda del ensayo para ponerla al lado de la poesía.

CINCO

Nos frecuentamos amorosamente desde 2002. El lugar de encuentro, casi siempre, fue el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional Córdoba, donde desarrolló la parte más sustancial de su trabajo en los últimos años. Ya estaba jubilado, pero no retirado ni aposentado: activo, serenamente preocupado en los asuntos que le interesaban; haciendo memoria de años intensamente vividos.

Esta serie de escenas me vienen por recordar a un amigo encontrado en la vida de la Universidad. Pero hay una recurrente, del último tiempo; quizá por la cercanía, quizá porque en esas palabras recupero su voz.

Teníamos un proyecto de archivo con artistas e intelectuales y queríamos que él fuera parte: haríamos la experiencia de trabajar con un autor vivo. Nos citamos en un bar y le di una larga y detallada explicación; y le propuse que nos aceptara como sus archiveros. Me miró unos instantes con una mezcla de duda y extrañeza, y dijo: «dejámelo pensar, necesito un tiempo. Necesito digerir un poco esta idea de ser archivado, de que me archiven».